

Karate ni sente nashi



Pedro Martin González

Sen No Sen

Cuando se encontró con su primer oponente, hacía horas que éste ya tenía todas sus armas preparadas. La guardia, erguida, firme y focalizada; la mirada, clavada en los ojos de su adversario; el espíritu, decidido y diligente.

La actitud de aquél guerrero era determinante: atacaría sin dilación.

Él, que mostraba un armamento semejante, vivía, además, en una calma casi constante, un control de sí mismo que en muchos casos exasperaba a sus enemigos, haciéndoles perder la concentración y fracasar en sus intentos por derrotarle en duelo.

Por momentos quedó tan absorto en los gestos de su contrario que parecía fuera de sí, como alejado, por unos instantes, del control de su propio cuerpo, pero sumamente atento para mejor advertir la intención última de aquél que le había retado.

Él no haría el primer movimiento, pero sí el último.

El retador tocó suavemente la empuñadura de la espada, desenvainó velozmente e inició su acometida final. No habría una segunda acción. Aquél primer tajo no llegaría siquiera a consumarse en su totalidad. Su rival había captado la intención y, con entereza, anticipado su corte.

El combate finalizó súbitamente.

El primer contrincante cayó fulminado en el suelo.

Tai No Sen

Su segundo oponente, un joven espadachín, no parecía muy seguro de sí mismo, no obstante, como era habitual en aquellos tiempos convulsos, perseguía con vehemencia la fama que acompañaba al reputado maestro con el fin de hacer crecer su propio nombre, retándole en un combate a muerte para ganar fama y merecer, quizá algún día, una oferta privilegiada como instructor de armas en el castillo de algún señor importante.

Era ya esa hora en la que el sol de la tarde se va poniendo, la luz comienza a ser difusa y los últimos destellos aún pueden cegar.

Ese fue el instante en el que ambos espadachines se encontraron.

Cauto, por sabio en las lides de la guerra, el maestro había dejado el ocaso a su espalda cuando el joven guerrero hizo su aparición en la playa. Éste, determinado, anduvo hacia su contrincante hasta quedar definitivamente varado ante a él.

Hubo un silencio entre ambos capaz, incluso, de ser cortado, una calma total que aquietó el cuerpo, el sable y el espíritu de ambos guerreros.

Cuando el más joven de ellos llevó su mano derecha al obi tratando de desenvainar su espada, el veterano espadachín ya le había seccionado el cuello.

El duelo había finalizado antes de que aquella inexperta hoja de espada pudiera ver la luz por última vez.

El joven samurái falleció en el acto.

Iro no Sen

Encontró a su tercer oponente una mañana, cuando se disponía a cruzar un pequeño bosque que separaba la aldea, en la que había pernoctado, del templo que pretendía visitar.

Había abandonado temprano la posada y encaraba ya la foresta, cuando un aire más que fresco le golpeó con violencia el rostro, mostrándole la figura enjuta de su peor enemigo.

Impertérrito, ajustó el paso y contuvo la respiración.

Llegado a unos metros de su rival trató de leer en sus ojos la última intención de sus pensamientos, el camino que habría de tomar la hoja de su espada si, finalmente, abandonaba la saya, como creía pretender su retador.

Ambos permanecieron quietos en una lucha de miradas, en un encuentro mortal carente de movimiento, en una guerra que habría de resolverse confrontando, sólo, su equilibrio interior.

Cuando el maestro pudo leer en los ojos de su rival el violento propósito de su acometida, extrajo con inmediatez su espada e, instantáneamente, todo finalizó.

Kokoro no sen

La noche en la que se encontró con su maestro había acudido a uno de esos espectáculos de kabuki que se organizaban en las calles del viejo Edô.

El ambiente era festivo, la alegría se podía advertir en las caras, gestos y miradas de niños y niñas, jóvenes y adultos. Parecía que aquel pueblo tan golpeado por la guerra había encontrado, definitivamente, un camino hacia la paz.

Al finalizar la obra teatral, el samurái vagó por las calles buscando una posada para pasar la noche. En un apartado rincón observó a tres espadachines frente a un anciano ronin quien, imperturbable ante la animadversión de sus retadores, mantenía una firmeza absoluta en su porte y una actitud más que diligente, sin por ello llegar a ser amenazante.

Los tres agresores gesticulaban, discutían, gritaban, exigían una respuesta inmediata, un mínimo intento para dirimir aquella controversia, una palabra afilada, hiriente o indigna que encendiera el combate e hiciera saltar la sangre.

Pero el viejo guerrero no articulaba sílaba alguna, todo lo más, miraba a sus adversarios con una transparencia tal que aquellos no encontraban razones para destapar sus intenciones, desenvainar sus espadas y acabar con aquel desencuentro de manera inmediata.

Nada se interponía entre la voluntad de los retadores y el experimentado ronín; nada, salvo una mirada limpia, alejada de la violencia, apartada de la agresividad.

Aquél hombre errante y sabio había alcanzado una paz tan profunda que su sólo estar se había convertido en la llave maestra para detener los conflictos, habiendo hecho de ella su principal protectora, su coraza y su espada.

Llegado el momento, los tres desafiantes hombres cesaron en su intento, abandonaron su intención y envainaron sus espadas. Marcharon raudos, como quien huye de algo incomprensible, tan inexplicable, como verdadero, tan alejado de la normalidad, como absolutamente sencillo y limpio.

Habían experimentado que es imposible matar a un adversario cuando no hay intención de matar por parte de aquél.

Era como ir, no solo contra el orden establecido, sino contra la propia naturaleza de la vida. En efecto, comprendieron que la guerra no tiene sentido en el territorio de la paz y que la violencia no encuentra un camino donde la no-violencia vive y se desarrolla.

El samurái, que había sido testigo de toda la escena comprendió que los interminables duelos que había sostenido podrían no tener fin en el transcurso de su propia vida, y que si deseaba hallar una razón definitiva a esa dramática situación que vivía ésta debería pasar, inexorablemente, por encontrar su paz interior: la única verdadera espada capaz de darle también a él la paz exterior que tanto deseaba.

Kenshinkan dôjô 2017